

Museo del Prado, un museo bicentenario. La gran joya de España

Libe de Zulategui y Mejía

Siempre ha existido la intención de todos los museos de Madrid de ocupar el primer puesto y los hay, desde luego, merecedores de estarlo. Pero también es innegable que El Prado, el que fue fundado por Fernando VII, es el mejor, el que tiene obras absolutamente valiosas de la historia del mundo, y el que hace obligatoria su visita a los millones de visitantes de Madrid.

¿Cómo se formó?

Desde el rey Fernando VI, por los años de 1757, aparece la idea de crear un museo con las colecciones reales y para emular a los restantes países que ya tenían importantes sedes en las que empezaban a recoger y a enriquecer la historia artística de cada uno. La idea continuó con su hijo el rey Carlos III, quien tampoco lo llevó a cabo debido a la Revolución Francesa y a sus propios conflictos, así que la idea llegó a Carlos IV, quien no tenía la claridad mental y tampoco avanzó pues las dificultades de España crecieron ante la invasión napoleónica. No obstante, José Bonaparte, quien reemplazó a Carlos IV, continuó con la inquietud de crear un museo y proyectó la construcción de un edificio cuyo nombre fue Museo Josefino, quizá como homenaje a su cuñada, la Emperatriz Josefina, esposa de Napoleón Bonaparte. Cuando la ocupación francesa terminó, Fernando VII regresó y fue proclamado rey de España. Mientras él se ponía al frente de su reino, su esposa, la reina Isabel de Braganza, una joven de 19 años, le recordó la idea de un museo que venía flotando desde hacía tiempo. Se pensó en el Palacio de Buenavista, frente a la plaza de Cibeles, pero como había quedado en mala situación durante la contienda con los

franceses, se organizó el edificio construido por Juan de Villanueva, y Fernando VII apoyó lo demás. Es así como se debe a esta pareja de reyes la fundación de uno de los museos más importantes del mundo hoy en día. Allí se alberga desde 1818 ese tesoro que peligraba por no estar cuidado en forma adecuada.

¿Qué alberga tan bello edificio?

Inaugurado en 1819, hace doscientos años, tiene dos entradas, cuidadas por hermosas esculturas que simbolizan la importancia de lo que hay dentro, en sus salas. La una representa a Diego de Silva y Velázquez, sentado y vestido de gran caballero de la Orden de Santiago, lo cual ansiaba y no perdía oportunidad de mostrarlo cuando se autorretrataba, pero solo pudo serlo a su muerte, cuando, según cuentan, el rey Felipe IV se la dibujó en el pecho, como una condecoración real más que merecida y un símbolo de un olvido imperdonable de parte de otros al no habérsela otorgado en vida. En la otra entrada le corresponde a Francisco de Goya y Lucientes dar la bienvenida a los visitantes y desde entonces ha cumplido cabalmente con cuidar y crecer un patrimonio que recoge colecciones valiosísimas del arte español y universal. Su imagen aparece de pie, también vestido elegantemente y con su rostro concentrado en alguna creación.

Algunos tesoros

Haremos una descripción de algunas de las obras más importantes, que pueden ser cientos, pero no llegaremos a tanto. Iniciamos con obras de nuestros anfitriones.



© Museo Nacional del Prado. Diego Velázquez, *Las meninas*, 1652, óleo sobre lienzo, 320,5 x 281,5 cm.

4

Las meninas, quizá la obra más importante de Velázquez, pero que opaca joyas como *Las hilanderas*. De la primera hay cientos de hojas escritas sobre

ella, pero sigue teniendo un atractivo pictórico y expresivo enorme que aún no se aclara. Es un cuadro misterioso, lleno de acertijos, con una composición magistral y con su autorretrato a la derecha de la obra, con la Cruz de Santiago en el vestido. Para la época, poner un espejo y reflejar en él a los reyes de España viendo cómo pinta el maestro a su pequeña infanta es insólito; los modelos están a la izquierda del pintor y el colorido de los espacios, de los varios planos, resueltos con la holgura que da la maestría, muestran que la composición es algo fácil para el autor y que podía pintar de memoria, solucionando problemas de parecido, sedas, efectos de joyería, cabellos lisos y ensortijados, pero que nos dejó a las generaciones posteriores múltiples enseñanzas y ejemplos de lo que es pintar bien. Desde luego, el personaje que asoma por una puerta iluminada, muy en el fondo del salón, seguirá siendo un misterio por siempre.



© Museo Nacional del Prado. Diego Velázquez, *Las hilanderas o la fábula de Aracne*, 1657, óleo sobre lienzo, 220 x 289 cm.

Pero *Las hilanderas* presenta tres planos y cada uno más difícil que el otro, con efectos sensacionales por su maestría. En el fondo del ambiente, una hilandería de tapices y con compradoras en ese fondo iluminado, borrosas, pero visibles, envueltas en una luz llena del polvillo que bota la lana, un centro de atención que, maravillosamente, permanece en el fondo. Sabiduría en la perspectiva y en las tonalidades colorísticas empleadas. En el segundo plano,

más cerca del espectador, hay un espacio que aun penumbroso sigue estando en el segundo plano y cuesta entender cómo. El tono, elemento que Leonardo tenía como el eje de la pintura, es en Velázquez algo muy fácil de manejar y llegamos al primer plano, donde están trabajando las hilanderas; varias mujeres están enfrascadas cada una en su oficio. Una de ellas mueve la rueca para hacer la lana y la rueda que mueve con un pedal gira a gran velocidad. Es como si el autor hubiera inventado el *Optical Art*. Las otras son bellas, tanto como jóvenes como viejas, y todas magistralmente pintadas.

Y pasamos a Goya, con sus dos Majas, la vestida y la desnuda; la primera sensual y provocativa, y la segunda pundonorosa y tímida, cuya piel parece tibia con un color de un tono absolutamente delicado. Magistrales ambas.

Podríamos quedarnos horas describiendo los tesoros en escultura o pintura, pero no queremos pasar por encima de las imágenes de Alonso Cano, seres vivos, de la misma estatura de uno, que parecen estar escuchando nuestra conversación. O, también, pasar por la colección medieval de pintura sobre madera,

exquisitez única, con un candor en los autores que mueve a la emoción ante ellas, con sus descripciones y enormes aciertos para lograr plasmar lo anhelado. Ante una época sin conocimientos colorísticos, ni de anatomía o perspectiva, aquellos artistas fueron genios. Y no podemos seguir sin detenernos en la exquisita *Dama de Elche*, quien residió en El Prado hasta hace poco, cuando la llevaron al Museo Arqueológico Nacional.

Otro cuadro que merece mención especial es *El descendimiento* de Rogier van der Weiden, pintor flamenco de excepcional valor y a quien se tiene como uno de los más grandes coloristas de la historia del arte. Los personajes, el azul del vestido de María y la forma en cruz del soporte son algo insólito para su época.

Pero, para terminar este rapidísimo recorrido por El Prado, tomamos algunas obras que guardan anécdotas interesantes. Una es *La familia de Carlos IV*, que es tenida como la caricatura más grande que se ha hecho, dada la descripción que hace Goya de cada personaje. Casi puede hacerse claridad sobre la situación del gobierno de España en ese momento, de



© Museo Nacional del Prado. Francisco de Goya, *La maja vestida*, entre 1800 y 1807, óleo sobre lienzo, 94,7 x 188 cm.



© Museo Nacional del Prado. Rogier Van Der Weyden, *El descendimiento*, antes de 1443, óleo sobre tabla, 204,5 x 261,5 cm.

espacios lejanos y cercanos, lo que sea. Se dibuja con lápices, con color o con el manejo de la luz, con todo. Se conoce al verdadero artista figurativo o abstracto por la forma como maneja el dibujo, así este no aparezca en la obra. Lo maravilloso es que todos los presentes en el Museo eran grandes dibujantes.

Y podríamos quedarnos escribiendo y contando anécdotas y sucesos del Museo porque él mismo es ya una obra de arte. Solamente con lo que alberga, es ya un tesoro. En 1819 se abrió con 311 obras y hoy

tiene en exposición y bodegas 7.827 pinturas, 8.637 dibujos, 35.000 objetos valiosos, 5.493 grabados, 34 matrices de estampación, 932 esculturas, 38 armas y armaduras, 2.155 medallas y monedas, 4 libros (¿cuáles serán?), 981 fotografías y armas y otras muchas cosas más.

Es una representación, en sí mismo, de la creación del mundo a través de toda la historia del arte. Y deseamos que continúe recogiendo la historia en todas sus facetas para bien del conocimiento de la humanidad. Una buena visita al Museo del Prado significa una carrera completa de historia. Se entra uno y sale otro ser diferente.

Nota

- * La revista *Time Magazine* acuñó el término *Op Art* en 1964, denominando a un estilo de arte visual que hace uso de ilusiones ópticas.

Libe de Zulategui Mejía. Artista, crítica de arte y formadora de artistas.

acuerdo con cada uno de los retratados. El mismo Goya se lo describe a Zapater, su amigo de infancia en Fuendetodos, la pequeña aldea donde nació. Se refiere jocosamente a la manera como los retrató, especialmente a la reina María Luisa de Parma, que, según cuenta, no tenía dientes y Goya le tuvo que rellenar la boca con algodón para poder mejorarla un poco. Goya le cuenta a su amigo que la reina pregunta qué ese borde blanco que tiene en la boca y él le responde: “Vuestra gentil sonrisa, Majestad” y agrega: “Y la tía se lo ha creído”.

Algo que no se puede apreciar con facilidad es la gran colección de dibujos de todos los artistas que permanece guardada, siendo imposible mostrarla toda. Por épocas, los curadores del Museo del Prado escogen una pequeña colección de un solo autor o una colectiva para presentar poco a poco esa hermosa faceta. Es una lástima, siendo, como lo es el dibujo, el alma de la pintura y de la escultura. Sin dibujo no hay nada bien hecho, aunque sea una abstracción. En él se basa el autor para lograr la expresión de lo que sea, plantas, personas, manchas,